

de decir alguna cosa graciosa sobre todo lo que sucedía, desfiguró á veces los hechos, é hizo aparecer la Fronda mucho ménos seria de lo que era en realidad. Por lo demas, lo absurdo de un derecho público que confiaba los destinos del reino á una mujer austriaca y á un sacerdote italiano justificaba la oposicion. Además, en una capital como Paris que contenía trescientos cincuenta mil habitantes repartidos en barrios, cada uno con sus jefes, sus guardias vecinales y su caja, divididos en gremios, con una organizacion diferente y con sindicos, bandera, santo, y á su cabeza el preboste de los mercaderes y los regidores, no podia dejar de ser seria una idea que penetraba en la masa del pueblo. Pero faltaba unidad en aquella insurreccion, y los franceses alegres y ligeros, no sabian dirigir una revolucion como los ingleses. Titulábase el parlamento pomposamente (1649) Senado romano representante de la nacion, como si hubiera podido disponer de la corona y juzgar á los ministros. Pero aunque es cierto que este aumento de autoridad habia llegado á ser popular, su poder no se apoyaba ni en las antiguas instituciones de la monarquía, ni en los ejemplos anteriores. Molé, que habia protegido las franquicias contra la corte, se asustó cuando las vió sostenidas por la rebellion, y no pensó ya más que en reprimirla, con ayuda de la autoridad que le conferia su resistencia á los abusos. La clase media alentaba, segun su costumbre, los primeros movimientos de las masas; pero pronto acobardaba, se apresuraba á enfrenar al pueblo, al que habia incitado con sus quejas.

El parlamento trató con la España, que creyó favorable el momento para intentar una invasion; este cuerpo fué en su consecuencia declarado reo de lesa majestad, y Luis de Condé fué á bloquear á Paris para concluir el juego.

Sintieron los parisienses ver una guerra de sátiras tomar un aspecto serio, resultando de esto la union de los frondistas y realistas. Mazarino hizo volver á la capital al rey y á la reina madre, manifestando disposiciones conciliadoras; pero todos conocieron que la paz no era más que momentánea.

Luis de Condé, apellidado el *Grande*, se habia señalado siendo muy jóven en la victoria de Rocroi sobre los españoles, y en los sitios

de Thionville, Friburgo y Dunkerque. Llamado por la corte, habia acudido á su ayuda; pero no se encontraba satisfecho en su gran ambicion. De edad entonces de veintiocho años, teniendo aficion á las mujeres, aunque sin amarlas, daba el tono á los elegantes de Paris, que, con el nombre de *petimetres*, afectaban la licencia, el desprecio y los arrumacos entonces en moda, y hacian la oposicion á los frondistas; lo cual producía todos los dias riñas y duelos. Fomentaron la aversion que alimentaba contra el ministro salvado por él, y le hicieron declararse su enemigo; pero Mazarino le persuadió, y los frondistas habian querido asesinarle disparando á su carruaje, lo cual hizo que Condé rompiera toda la inteligencia con la Fronda. Mazarino se unió, por el contrario, á ella, conociendo por la corte, asustada con los sangrientos ejemplos de la regicida Inglaterra, la necesidad de conciliarse este partido. El coadjutor que lo conoció, aumentó las fuerzas de su partido para hacerlo importante, y de esta manera tuvo la promesa de un capelo de cardenal. Entonces Mazarino hizo poner presos á los príncipes de Condé y de Conti, como tambien al duque de Longueville (1650), su cuñado, con aplauso de aquel pueblo que en otro tiempo se habia sublevado por el arresto de dos magistrados.

Al momento los frondistas acudieron á la corte, y los oposicionistas fueron disipados. Pero madama de Longueville y el duque de Orleans pusieron á las masas en movimiento con ayuda del oro español para libertar á los príncipes. Habiendo fracasado estos medios, se formó una *nueva Fronda* bajo los auspicios de Ana de Gonzaga, princesa palatina. Siempre engañado el coadjutor en su esperanza de verse revestido con la púrpura, entabló negociaciones entre la antigua y la nueva Fronda, y el parlamento pidió con energía la libertad de los príncipes.

En efecto, salió Condé de su prision (1651), en medio de aplausos tan grandes como en la época de su arresto. Blanco, Mazarino, del odio nacional, y perseguido por las sentencias del parlamento, se retiró á Colonia, desde donde escribió al rey para justificarse y quejarse de que no «le quedaba un asilo en el reino cuya extension habia aumentado por todas sus fron-

teras.» Desde allí vigiló lo que pasaba, y dirigió á la regente. Vió indisponerse las dos Frondas, y á Retz y á Condé desunidos por una ambicion igual. El primero estuvo expuesto á ser asesinado en pleno parlamento; enorgullecido el segundo con sus victorias, persuadido de que los soldados eran el pueblo, á quien tendria siempre como á ellos á su devocion, se desengañó con el desgraciado ensayo que hizo, é incomodado despues por los frondistas, se alejó de Paris para sublevar el país, y convirtiéndose en traidor á la patria que habia salvado, llamó á los españoles.

Luis XIV marchó contra aquel gran general, que se manifestó siempre mal político; y Mazarino, que habia reunido ocho mil hombres á sus expensas, volvió como salvador de la nacion. Fué acogido con los brazos abiertos por el rey y la reina, aunque el parlamento renovase sus anatemas contra él, y prometió 150.000 libras al que presentase su cabeza. El vizconde de Turena (1651), mariscal de treinta y dos años, que despues de haberse pasado al campo español, habia vuelto á entrar en su deber, fué elegido para ponerse al frente de las tropas reales (1652), y Condé se habia obligado á cederle la victoria de Bleneau. Al mismo tiempo que el duque de Lorena era pagado por los frondistas para inquietar á la Francia, Mazarino le pagaba tambien porque se retirase con su sanguinario bando (1662), que sostenia hacia quince años con ayuda del saqueo y las matanzas. Todo eran bajezas é intriga en tono heroico. Asi era que la atencion se complacia en fijarse en los hermosos rostros de Molé, Bailleul y Jacobo Arnelot.

A la cabeza Turena de los realistas, y Condé de los frondistas, fueron á sitiar á Paris y comprometieron en presencia del rey y los habitantes de la capital una batalla en la que los combatientes eran poco numerosos, pero donde los dos generales desplegaron gran habilidad. Condé estaba perdido si Paris, ó más bien la señorita de Orleans, que queria unirse á él, no le hubiese abierto las puertas haciendo disparar contra las tropas realistas el cañon de la Bastilla. Entregóse entonces Paris á una agitacion extremada. Ascendido á cardenal de Retz el coadjutor, se atrincheró en el palacio arzobispal. La sangre corrió en diferentes puntos

y hasta fervorosos frondistas fueron asesinados como mazarinos. Aspirando los príncipes tal vez á la corona, se aprovecharon del terror esparcido por la ciudad para conseguir sus fines; el duque de Orleans se hizo proclamar teniente general del reino, y Condé generalísimo, mientras que los españoles y el duque de Lorena se adelantaban para unirse á ellos.

El parlamento, que reducido á un pequeño número de miembros, pero presididos por Molé, se habia trasladado á Pontoise, pensaba en encontrar algun remedio al mal, cuando los mismos parisienses, cansados de tantas oscilaciones, prestaron oídos, á los que en pequeño número, habian conservado su buen sentido, y veian la miseria pública no aprovechar más que á algunos ambiciosos. Se envió á rogar al rey volviese á llamar á Mazarino, que habia juzgado á propósito retirarse de nuevo. Condé, que nacido para servir, mal ciudadano y mal amigo, sin conductor ni dignidad, no era grande más que en el campo de batalla, entregó á los españoles su valor siempre personal, y el parlamento pronunció contra él la sentencia de muerte. El duque de Orleans fué desterrado á Blois, y la Señorita al campo. El cardenal de Retz, artífice de todas las turbulencias, anduvo de prision en prision, despues de haber engañado á todos los partidos. Cuando en fin, obtuvo su libertad, no pudo, aunque apoyado en los jesuitas, ser puesto en posesion del arzobispado de Paris, y se decidió á renunciar á él. Prudente con la edad, murió en Paris. Léjos están sus *memorias* de hacerle estimar; pero tienen atractivo por la inquieta actividad que parece ser la de un grande hombre rebajado por las circunstancias, la imprudente sencillez con que refiere lo que ha dicho y hecho, como si no creyese en la moralidad, y como si pensase que todo gran personaje habria hablado y obrado del mismo modo en su posicion.

Mazarino volvió á entrar públicamente en Paris, donde fué proclamado restaurador de la paz por los que le habian acusado de ser su perturbador. Porque el pueblo habia conocido que más valia la tiranía del ministro, y la gente sensata que él era el único que no se habia desmentido en aquella «farsa á mano armada» en que se habian comprometido tantos grandes caracteres. Con efecto, ¿quién habia soste-

nido los verdaderos intereses de la Francia, contrariados tanto por el pueblo como por el parlamento, tanto por Condé como por Turena? No se haga caso de tantas anécdotas sospechosas, y se conocerá que Mazarino siguió osadamente el camino trazado por Richelieu, y supo en caso de necesidad, sacrificarse.

En aquella guerra que duró cinco años, sin pasiones fuertes, prolongada únicamente por ambiciones incapaces, el movimiento fué grande, pero no fué dirigido contra el trono. Se quería derribar al ministro pero se respetaba la corona. Se atacaba á todo sin destruir nada, cada uno permanecía en su puesto, y como nadie fué depuesto, ni herida ninguna vanidad, la sociedad se recobró fácilmente del sacudimiento. Sin embargo, se había aprendido, mientras había durado la Fronda, á reirse de todo; las personas y las instituciones perdieron toda la consideración, y desde entonces no quedó más que el trono, que pareció más elevado porque nada le rodeaba. El espíritu de resistencia se extinguió en el pueblo, cuando el espíritu de despotismo se despertaba en el rey. La autoridad de Mazarino se encontró consolidada, y afectado Luis XIV con el espectáculo de una resistencia ilegal, se acostumbró á odiar á la libertad.

Pero el trono conoció que estaba aislado, y que no podía apoyarse ni en la nobleza, ni en la magistratura ni en el pueblo, todos igualmente debilitados. En semejante posición, puede sostenerse el trono momentáneamente, gracias á un impulso vigoroso como el de Luis XIV ó Napoleon, mas debe necesariamente concluir por sucumbir.

La humillación del parlamento pareció el objeto supremo del nuevo rey, que le hizo registrar un decreto (1652), por el cual se le prohibió mezclarse en cosas del gobierno, de hacienda y de los ministros. Habiéndole dicho un día que se había reunido para negar el registro á ciertos edictos bursátiles, entró en la gran cámara vestido de caza con espuelas y látigo en la mano, para hacerles oír palabras altaneras. En fin, prohibió al parlamento dirigirle manifestaciones ocho días antes del registro; hizo borrar todo lo que se había registrado en contra de la autoridad real en las turbulencias pasadas. El parlamento, que se había sustitui-

do poco á poco al poder de la nobleza, perdió, pues, el derecho de petición. Cuando se trató de registrar en 1667 la ordenanza que sancionaba el despotismo, se prohibió toda discusión; el presidente Miron, jefe de los opositoristas, dice que así como se dirijen á Dios oraciones que á veces escucha, se debía poder usar del mismo privilegio con el rey, pero se le intimó guardara silencio. Entonces el parlamento se sujetó á sus atribuciones judiciales: Luis XIV trató de desacreditarlo áun en esta misión, dando ordenanzas más rigurosas que lo que podía sufrir el carácter del pueblo.

El trono ganó en brillantez, pero perdió en fuerza cuando despreció aquel simulacro de los estados generales; la opinión le fué contraria, y se dió principio á un vago sistema de censura malévolos y de peligrosas esperanzas.

Las franquicias municipales habían sucumbido casi todas en las guerras civiles. Luis XIV extinguió todo lo que quedaba de libertades políticas y municipales, estableciendo los intendentes y haciendo venales y perpétuos los empleos de bailío. Las provincias perdieron toda su importancia, y sus parlamentos hicieron fuesen olvidados con su silencio.

Las inquietudes interiores no habían impedido á Mazarino seguir con sus miradas á las potencias vecinas. No hubo, pues, en la guerra de treinta años, fomentada por Richelieu en favor de los protestantes, más que seguir los errores de su predecesor, es decir, continuar las hostilidades militares y diplomáticas contra las dos ramas de la casa de Austria. Pero deseoso de consolidar con la paz las adquisiciones que Richelieu había hecho con la guerra, tomó mucha parte en el tratado de Westfalia. La Francia brilló en él como conciliadora de los intereses europeos; extendió su territorio, estableció en Europa un nuevo sistema político, con arreglo á las modificaciones introducidas en la constitución germánica, y saliendo garante de la paz se procuró medios y pretextos para mezclarse en los negocios de Alemania.

Esto es con respecto á la rama austriaca en aquel país. Por lo que toca á la de España, los vínculos de parentesco no impidieron que la guerra se prolongase, tanto en la frontera de los Países Bajos y de los Pirineos, como en Ita-

lia. La batalla de Rocroi señaló el principio del reinado de Luis XIV, destruyendo para siempre á aquella infantería española que había sido el temor de la Europa. La paz de Westfalia dejó á la Francia sola contra la España, que confiada en las turbulencias de la Fronda, se negaba á adherirse al tratado. Irritadas ambas por los medios desleales con que mutuamente habían tratado de perjudicarse, favoreciendo á los rebeldes y á los descontentos, prosiguieron su lucha. Las tropas licenciadas en los países donde la paz se había restablecido, llegaron á aumentar las de España, y durante las turbulencias de la Fronda (1652), recobró á Dunkerque, plaza la más importante de Flandes, á Barcelona y á Casal de Montferrato, que había resistido á tres sitios (1629-30-40).

Cromwel, que después de haber hecho morir á Carlos I, se declaró protector de Inglaterra, se pronunció primero en contra de los franceses, entre quienes Carlos II había encontrado asilo; pero no avergonzándose Mazarino de humillarse á tiempo (1655), consiguió cambiar sus intentos; obtuvo que los ingleses atacasen en América las colonias de España, á la que se le cerró el mar. Sitiada Dunkerque (1658), fué ganada después de la batalla de las Dunas, y devuelta á los ingleses. Prosiguiendo al mismo tiempo su victoria los franceses, se adelantaron hasta estar á la vista de Bruselas.

Estas victorias se debieron al mariscal de Turena, que arrepentido de los errores de la Fronda tenía por contrario al príncipe de Condé, que mandaba á los extranjeros; de lo que resultó que tanto los triunfos de una como de otra parte, pudieron ser considerados por los franceses como una gloria nacional.

Condé se encontraba designado para el primer lugar por su nacimiento, y aún más por la alianza que le hizo sobrino de Richelieu. Siendo aún muy joven, se le puso, pues, al frente de los ejércitos, donde hizo acciones gloriosas áun antes de haber meditado sobre sus causas. Cuando después se unió la reflexión á la acción, se encontró en segunda línea en los ejércitos españoles, entonces en decadencia. No pudo, pues, su escuela ser otra cosa que personal.

Turena se formó en los Países-Bajos, aprendiendo en las laboriosas maniobras de una guerra sábia, bajo el mando de los príncipes de Nas-

sau, sus tíos. Supo obedecer antes de mandar; respetando más que ningún otro general al hombre en el soldado, le evitaba los peligros en lo posible, y todo lo esperaba del soldado francés, condiciones esenciales para formar buenos ejércitos, como se esforzó en hacerlo. Enseñó á los extranjeros la cortesía, la guerra, corrigió la ligereza é impaciencia de los franceses, y les enseñó á soportar las fatigas sin murmurar. Condé, por el contrario, empleó los ejércitos tales como los había encontrado, y no tuvo ocasión de adquirir la paciencia y vigor de meditación que fueron tan grandes en Turena. Como tenía mas bien genio que ciencia de la guerra, venció por inspiración, mas bien que por cálculo. Poco económico de la sangre de los soldados, decía con una ligereza inhumana después de la batalla de Senef, que una noche de París repararía las pérdidas sufridas en aquel combate. Turena pasa por el mayor capitán de aquel siglo, aunque haya sido vencido varias veces, y no haya ganado esas batallas que deciden de la suerte de una nación, ni hecho brillantes conquistas. Refiere sus propias hazañas con una admirable sencillez, sin disimular las faltas, sin aparentar vanidad por sus victorias. Anunció en una postdata, aquella de que Ana de Austria le cumplimentó delante de toda la corte, diciéndole que había salvado al rey y al Estado. Después de la batalla de las Dunas, escribía: *Los enemigos han llegado: han sido batidos: gloria á Dios. Los he cansado bastante en todo el día.*

Sério, reflexivo, meditaba mucho tiempo; pero una vez tomada una decisión obraba con vigor Condé; todo vivacidad, hácia frente personalmente al enemigo; dotado de una mirada comprensiva, improvisaba sus convicciones en medio de la pelea. Conoció que la fuerza de un general no consiste en tener muchos batallones, sino en dirigir á un sólo punto fuerzas considerables para decidir el éxito de la batalla. Así fué, que mereció ser estudiado particularmente por Napoleon, que le imitó, sobre todo, en la guerra de Italia. Condé se hizo más prudente con la edad; Turena más osado. Se decía que para aprender se debía ver Condé al final de una batalla y á Turena al de la campaña.

El espiritual San Evremond, oficial general, expresa su opinión sobre estos dos ilustres ému-

los, en estos términos: «Encontrareis, dice, en el príncipe, mucho génio, grandeza de valor, un talento vivo y siempre en actividad. Monsieur de Turena tiene la ventaja de la impasibilidad, gran capacidad, mucha experiencia y un valor á toda prueba. La actividad del primero fué superior á las cosas necesarias, para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro, haciendo lo que debe hacerse, no hace *nada superfluo*; el príncipe, orgulloso en el mando, es tan temido como estimado; más indulgente que Mr. de Turena, es ménos obedecido por su autoridad que por la *veneracion que se le profesa*; el príncipe, más afable con quien le agrada, ménos con quien le disgusta, es también más severo cuando se ha faltado, pero más compasivo cuando se ha obrado bien. Mr. de Turena, hombre de más concierto, excusa las faltas con el nombre de desgracias y reduce con frecuencia el mayor mérito á la simple alabanza de *haber cumplido bien con su obligacion*. El príncipe se anima con ardor para las grandes empresas, goza de su gloria sin vanidad, disgustándole la adulacion. Mr. de Turena *se dirige naturalmente tanto á las grandes como á las pequeñas empresas, segun la relacion que tienen con su designio*. Por tropas que se confien al príncipe, tiene siempre la misma *seguridad* en el combate; parece que inspira sus propias cualidades á todo el ejército. Su valor, su inteligencia, su accion, parece le responden de la de los demas. Con muchas tropas de que Mr. de Turena desconfia, busca seguridades; con pocas, siendo buenas y que merezcan su confianza, *emprende como cosa fácil lo que parece imposible*. Victorioso el príncipe, es el mayor esplendor de la gloria; desgraciado, nunca recae vergüenza sobre él; tal vez perjuicio en los negocios, nunca en su reputacion. La de Mr. de Turena está más apegada al éxito de los asuntos; sus acciones no tienen nada de particular que las distinga para ser iguales y continuas. Todo lo que dice, todo lo que escribe y todo lo que hace Mr. de Turena, lleva el sello del secreto para aquellos que no penetran lo suficiente. La naturaleza le ha concedido el gran sentido, la capacidad, el fondo del mérito, y le ha negado el fuego del génio, la libertad del talento que forma su brillo y adorno: *será preciso perderle para conocer bien lo que vale, y le costará la vi-*

da formarse una justa y cabal reputacion. La virtud del príncipe no tiene ménos luz que fuerza, pero es ménos seguida y tiene ménos trabazon que la de Turena. El uno es más propio para concluir gloriosamente las acciones, el otro para *terminar útilmente una guerra*.»

No recibiendo ya la España los galeones de América, y despues de la rebelion de Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué negociada por Mazarino y D. Luis de Haro, ministros directores de ambos países (1659). Verificáronse las conferencias con la meticulosa etiqueta que desde entonces ocupó tan gran lugar en la diplomacia. Mazarino acudió á ella en una carroza dorada, tirada por ocho mulas, con sesenta caballeros en su comitiva, entre los cuales habia mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes, en el Bidasoa, se dividió en dos por un edificio del cual una mitad se declaró territorio español, y la otra territorio frances. Habianse construido en ambas mitades aposentos enteramente semejantes; entre estos aposentos habia una sala dividida entre las dos naciones, con dos puertas la una enfrente de la otra, por donde salian los dos ministros para adelantarse hasta la mitad de la habitacion; dos sillones y dos mesas de escribir se encontraban preparadas una al lado de otra, lo cual permitía á los plenipotenciarios discutir, escribir, y hasta hablarse al oido, sin salir de sus respectivos países.

La España queria obtener la vuelta del príncipe de Condé, proponiéndose en el caso contrario, darle un principiado en las fronteras de los Países Bajos, por ejemplo el Cambresis, desde donde pudiera inquietar á Francia y dar asilo á los facciosos. Fué, pues, preciso ceder, y despues de haberse presentado el príncipe al rey á pedirle perdon de sus errores y de sus victorias, reparó dignamente sus culpas para con su patria.

Firmóse la paz, y el tratado en ciento veinticuatro artículos, estipuló además de otras varias y mútuas restituciones, el restablecimiento del duque de Lorena y del príncipe de Monaco. La Francia conservó el Artois con otras desmembraciones de los Países Bajos, como también el Rosellon y Conflans, por la parte de los Pirineos; en fin, se dispuso el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Fe-

lippe IV, que rehunció á toda pretension hereditaria á los estados de su padre.

Esta paz que asignaba á la Francia una buena frontera y el primer lugar en Europa, consolidó el poder de Mazarino cuya obra era; así fué que quedó árbitro de los consejos de Luis XIV hasta el momento en que murió (1661), de edad de 50 años; se le hace cargo de haber reunido más de cien millones vendiendo empleos y beneficios; no trataremos de disculparle, ni tampoco el sistema que permitía semejante corrupcion. La condescendencia que habia manifestado en su origen se cambió despues en orgullo, y «buscó en el cielo nidos para sus sobrinas»; trató, sin embargó, de separar al rey de la idea de contraer matrimonio con María Manzini, que era una de ellas. Segun nuestra opinion no se puede ménos de admirarle como hombre de Estado. Laborioso, incansable, vivo, insinuante, sin ser vengativo, poco amable para con aquellos de quienes no tenía necesidad ni miedo, prometía mucho y concedía poco, á ménos que no se tratase de los favores que no cuestan nada. Con frecuencia pequeño en sus medios, era grande en sus miras y la fortuna le secundaba. Administrador inhábil, dejó á personas sin talento que recurriesen para hacer dinero, á los más odiosos recursos y á los ménos eficaces; pero gran político, supo tributar homenaje á su predecesor, y en lugar de ceder á la manía demasiado habitual de cambiar de sistema, continuó y completó el de Richelieu, estableciendo como principio que las relaciones entre los estados son independientes tanto de la religion como de la forma de gobierno. Tuvo ménos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; encontró no ménos obstáculos que él, pero no se le puede hacer cargo de ninguna crueldad. Los enemigos de Richelieu le odiaban, los de Mazarino se reian de él; ahora bien, no es un pequeño mérito resistir á la risa de los franceses, haber sabido despreciar las bravatas del coadjutor de Paris y los clamores de la muchedumbre, caminar con medida, apaciguar las turbulencias interiores, concluir las guerras provocadas por su antecesor, y en medio de los ataques de la opinion pública, eclipsarse á tiempo para volver á presentarse despues de pasada la borrasca.

Creiendo que era el deber de un ministro proteger el mérito, hacia que Menaje le indicase los hombres de talento para darles gratificaciones. Asignó á Descartes, que se habia retirado á Holanda, una pension de mil escudos, y llamó de Italia á varios actores, entre otros al célebre Escaramosca, Fiorelli y al arlequin Domingo. Introdujo en Francia la ópera y al mismo tiempo la pasion á los dados, en cuyo juego se pasaba las tardes, en lo cual fué imitado por los cortesanos, que abandonaron los ejercicios corporales.

Además de la considerable fortuna que dejó á sus sobrinas, legó al papa sesenta mil libras para la guerra contra los turcos; al rey diez y ocho diamantes llamados mazarinos, sus cuadros, las magníficas alfombras hechas con arreglo á los dibujos de Rafael; además, el colegio de las Cuatro Naciones, que le denominó así porque le destinaba para los jóvenes de las cuatro provincias reunidas por él á la Francia, la Alsacia, el Artois, el Rosellon y Pignerol, su rica biblioteca y ochocientos mil escudos. El rey, á quien habia dejado por escrúpulo por heredero universal, renunció á esta espléndida herencia, satisfecho con recoger lo más importante que habia para él en la sucesion del cardenal, la plenitud del poder real.

CAPITULO III

Guerras. — Holanda

¡Feliz la Francia, si Luis XIV no hubiese comprometido aquel floreciente Estado para adquirir gloria y hacer ostentacion de su prosperidad! Despues de haber humillado la Francia al Austria con los tratados de Westfalia y de los Pirineos, se habia engrandecido en la opinion como protectora de la paz de Europa. Los príncipes del imperio permanecian fieles á Luis XIV, que garantizaba sus libertades; tenía por amiga á la Inglaterra que le habia hecho adquirir á Dunkerque y á Mardick; se habia renovado la alianza suiza, y habia reprimido los corsarios del Mediterráneo.

Pero sus aduladores le repetian que era superior á los demas reyes, que debia reunir bajo su cetro el imperio de Carlo-Magno; y el abate Colbert le decia en nombre del clero: «Oh rey, tú que das leyes al mar y al continente; que